

# EL BARCO

Siglo XVIII, Altea.

Creían que los niños eran amigos porque siempre andaban juntos. Carles y Felipe no se llevaban bien, pero tenían las mismas ambiciones y competían en todo. Sus padres eran agricultores y trabajaban para el mismo terrateniente. Aún eran demasiado jóvenes para ayudar en las tareas, por lo tanto la abuela de Felipe los llevaba a la playa de la olla, donde los pequeños se distraían.

Usaban palos como espadas y combatían sin tregua. En más de una ocasión alguno acabó necesitando cuidados. La abuela siempre los reprendía, pero ninguno escuchaba, hasta que la mujer amenazó con dejarlos en casa, de donde no saldrían hasta que cumplieran la edad suficiente para trabajar. Por interés, ambos acordaron encontrar una forma creativa de competir. Buscaban trozos de madera con los que más tarde construían barcos de juguete.

Un día Carles construyó un barco del cual estaba muy orgulloso. A diferencia de los demás, en éste había puesto mucho esmero y sacrificio. Suplicó a su hermano mayor, que era carpintero, a ayudarlo con las piezas. Éste lo hizo, pero a cambio de un trato. Carles debía traerle una botella de moscatel de la despensa del terrateniente. El niño accedió y se tomó el pequeño hurto como una aventura de piratas. Nadie sospechó de Carles, que simplemente se había negado a ir a la playa, diciendo que no se encontraba muy bien y prefería quedarse en las cocinas, con las sirvientas. Pero ahora estaba de los nervios, porque no tenía una vela para su barco y se negaba a ponerle una blanca. Quería que todo estuviera perfecto.



Estaba tan inmerso en sus cosas que no prestó atención a la conversación de sus padres hasta que escuchó la palabra *barco*.

-...el mensaje decía que los barcos llegarán mañana. ¿Te imaginas? Puede que la guerra toque pronto a su fin. Con un ejército así las tropas del Borbón se han tenido que retirar de la zona, los superan en número.

-Espero que así se mantenga y no corra la sangre. ¿Crees que desembarcarán cerca de aquí? -Preguntó su madre. Vivían a los alrededores de Cap Negret, no muy lejos del río Algar. Era una zona tranquila y espaciosa con hermosas vistas hacia el mar y la montaña. Sería perfecto si al atardecer los mosquitos no invadiesen el lugar con su molesta presencia.

-Son ciento setenta navíos, ¡puede que cubran toda la costa!

Carles no entendía la verdadera razón por la que sus padres estaban emocionados, para él la ilusión era otra, la de ver tantos barcos juntos. Puede que de ahí sacara la fuente de inspiración que necesitaba. Había oído la palabra guerra en boca de muchos, el país estaba sumergido en una. Carles no lo ponía en duda, pero hasta el momento no había visto ninguna batalla. Su madre le había dicho que por eso había tantos soldados patrullando Altea y las zonas colindantes.

Escuchó un poco más la conversación, pero de allí salieron asuntos aburridos, como la reciente adquisición de frutos y bebidas con la que sus padres habían abarrotado la despensa. Carles nunca la había visto tan llena.

Tras la cena, compuesta de pan y pescado, Carles se fue a la cama. De la emoción, soñó despierto hasta que por fin se quedó dormido. Cuando despertó solo encontró a su abuela. Sus padres no estaban y la despensa estaba medio vacía.

-Desayuna -dijo su abuela. -Hoy es un gran día y tenemos que reunirnos con los demás.

De pronto recordó la conversación de sus padres. Terminó el desayuno y ambos salieron dirección a la playa. Carles se llevó el barco al que le faltaba la vela.

Era un día de sol y viento. El cielo estaba despejado, menos en el horizonte. El mar estaba salpicado por decenas de navíos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Algunos ya habían anclado cerca de la costa. Mucha gente del pueblo estaba cerca de la playa, con pequeños puestos donde vendían comida y bebida a los recién llegados. Frutos, panes, carnes, pescado, vinos, moscatel y aguardiente.

Carles vio que los hombres de los barcos eran soldados. La mayoría de cabellos y ojos claros y casi ninguno entendía el idioma de la tierra. La gente de Altea les había dado la bienvenida. Mientras buscaban a sus padres, Carles oía fragmentos de conversaciones.

-...dicen que el Archiduque Carlos ha desembarcado...

-...te digo yo, Felipe no tiene oportunidad contra estas fuerzas...

-...el gran navío es el Ranelagh...

Pero al joven no le interesaba nada, más que ver de cerca de los barcos y, en todo caso, ver ese gran navío. Observó las velas, pero no distinguía más que los colores y no el dibujo.

Por fin se reunieron con sus padres, estaban en un pequeño puesto que habían montado junto a los padres de Felipe. Los cuatro atendían a los extranjeros de manera afable.

Su adversario no tardó en aparecer. Cuando Felipe vio el barco de Carles quedó impresionado, pero no lo admitió.

-Le falta la vela -señaló con burla.

-Todavía no he decidido el escudo -replicó, molesto.

-Mi barco ya está terminado. Con vela y todo -tras decir eso se fue a jugar con sus amigos.

Un hombre, de buen porte, había observado con interés la escena de los niños. Decidió acercarse al pequeño que sostenía el barco.

-Excelente trabajo -indicó, con un acento muy marcado.

Carles se sobresaltó y miró al hombre de cabello rizado y ojos grises. Tenía la cara quemada por el sol. Entonces se percató que era extranjero.

- ¿Lo has hecho tú?

Carles asintió.

-Pues es un gran trabajo. Te felicito, joven.

El niño sonrió, le caía bien. Si todos los extranjeros eran iguales, podía entender porque la gente del pueblo estaba tan contenta con su llegada.

-Seguro que tú amigo no ha terminado su barco y solo te guarda envidia.

- ¿Mi amigo? -Replicó como si lo hubieran insultado. - ¿Felipe? Ese no es amigo mío. Solo competimos.

El hombre se rio entre dientes.

- ¿Por qué competís?

Se encogió de hombros.

-Nos interesan las mismas cosas. ¡Pero no somos amigos!

-Ya veo y, ¿tú cómo te llamas?

-Carles.

De pronto el extranjero estalló en carcajadas y dijo algo en su idioma a un compañero que estaba cerca, en consecuencia, el compañero también se rio. En la retahíla de palabras Carles reconoció el nombre de Felipe y uno que se parecía al suyo. El niño no entendía el chiste y comenzó a sentirse incómodo.

El extranjero se calmó, aunque siguió sonriendo. Sacó un pañuelo, en el había un dibujo. Por alguna razón a Carles le atrajo el diseño.

-¿Te gusta? No sé si te servirá como vela.

El niño abrió los ojos como platos. Estaba más que encantado. El extranjero se lo entregó.

-¿En serio? -balbuceó el niño. -Es perfecto. ¡Gracias!

-Una cosa más -dijo atenuando la sonrisa. -No es ganar o perder, a pesar del resultado, lo importante es mantener el espíritu en alto y nunca rendirse. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Aquel día Carles bajó al río Algar donde hizo navegar su barco. El viento hinchó las velas del pequeño navío, el pañuelo del amable extranjero que lucía como escudo un águila bicéfala.



Texto e ilustración:

Sara Herrera Esteban 27/05/2019

Águila bicéfala:

Del libro Altea Siglo XVIII de Ramón Lloréns Barber.